

ENTRE POLIBIO Y NEBRIJA

Por AQUILNO DUQUE GIMENO

En su reciente libro, de lectura imprescindible para todo español que en este fin de siglo se tome a España en serio, el filósofo asturiano Gustavo Bueno dice que “cabría defender la tesis de que la visión de Ortega en *España invertebrada* es antes el resultado de una construcción categorial, histórica, que el resultado de una construcción filosófica”. Y esto lo dice para defender a Ortega de la acusación que a veces se le hizo de “filosofar en asuntos que sólo pueden ser tratados por historiadores”. Tiempo atrás, don Eugenio d’Ors sostenía que: “Todo filósofo auténtico nos aparece, por un lado, en hermandad con el historiador; en hermandad con el matemático, por el otro.” No es fácil, pues, separar la tarea del filósofo de la del historiador, siempre y cuando la filosofía no suplante a la historia, las ideas abstractas a los hechos concretos. El filósofo metido a historiador tiene sus riesgos como los tiene el historiador que se las da de filósofo. La interpretación de la historia a la luz de una ideología puede muy bien desembocar en la historia ficción, como señala Bueno pensando en Ortega y como podemos ver en don Américo Castro. Frente a riesgos de esta índole, pocos antídotos hay como la lectura de las *Historias* de Polibio, cuya versión magistral debemos a Alberto Díaz Tejera.

Díaz Tejera no se limitó a traducir y anotar escrupulosamente a este historiador griego, pues Díaz Tejera era algo más que un filólogo. Conviene distinguir entre el especialista en algo que hace filosofía como haría solitarios o crucigramas, y el espe-

cialista que tiene o procura tener una filosofía de su especialidad como el que tiene una filosofía de la vida: una filosofía de la historia, una filosofía del lenguaje. Filósofo del lenguaje, pues, filósofo de la historia, Díaz Tejera supo explicar muy bien los motivos por los que Polibio censuró a su predecesor Timeo, llamándole precisamente "afilósofo". Y es que la filosofía, para Polibio, no consistía en tener nociones estoicas, platónicas o peripatéticas. Dicho con palabras de Díaz Tejera: "...no debemos ver en Polibio un pensador profundo que proyecta una ideología propia sobre la realidad histórica, sino un hombre al que una realidad vivida, al ser pensada, va despertando y a la vez configurando su formación de hombre culto. Y es de esa interacción de formación recibida y cultivada y de realidad vivida de donde brota su concepción histórica."

Nacido en Megalópolis, capital de la liga aquea, Polibio desarrolló una breve pero intensa actividad militar y diplomática hasta que, al ser derrotado el rey Perseo por Paulo Emilio Escipión, pasó a Roma como una especie de rehén y allí acabó siendo consejero de esa ilustre familia. En calidad de tal viajó bastante a África y a la Bética, concretamente a la Córdoba de Claudio Marcelo. Protagonista y testigo de diversas guerras, buen conocedor de la literatura de su tiempo, no sólo la historiográfica, llegaría a concebir la historia como un todo orgánico, en discordancia con otros historiadores que no establecían un nexo entre los diversos hechos narrados. Uno de estos era Timeo, y Polibio inició su relato precisamente donde Timeo lo dejó: en la segunda guerra púnica. Escribe Polibio, en la versión de Díaz Tejera: "Nuestra obra comenzará, en cuanto al tiempo, en la olimpiada ciento cuarenta [220-216 a. C.] y, en cuanto a los hechos, entre los griegos, por la llamada guerra social que, en alianza con los aqueos, declaró Filipo, hijo de Demetrio y padre de Perseo, contra los etolios; entre los habitantes de Asia, por la guerra de Celesiria en la que lucharon entre sí Antíoco y Ptolomeo Filopátor, y en los países de Italia y Libia por la desencadenada entre romanos y cartagineses a la que la mayoría denomina guerra de Aníbal. Estos hechos son continuación de los últimos narrados en la historia de Arato de Sición. Ciertamente que, en los tiempos anteriores a estos hechos, los acontecimientos del mundo resultaban desligados, porque cada suceso era diferente tanto por la iniciativa como por el resul-

tado así como por el lugar. Pero a partir de ese momento la historia viene a ser un todo orgánico (“somatoeidé”) y los acontecimientos de Italia y Libia se entretajan con los que suceden en Asia y Grecia y la tendencia de todos es converger a un único fin.”

Ese único fin al que convergen los acontecimientos no es otro que el dominio por Roma de las tierras que baña el *Mare Nostrum* en obra de poco más de medio siglo. Polibio se pregunta cómo es que los romanos han logrado lo que no lograron los persas ni los macedonios ni los lacedemonios, y al buscar respuesta a su pregunta está haciendo ya filosofía de la historia. No incurre en la ingenuidad para ello de descubrir, o inventar que es lo mismo, unas leyes históricas, sino que a partir de los acontecimientos procura sacar explicaciones que sirvan de lección a sus contemporáneos. Y en el escrutinio de los acontecimientos, llega Polibio a la conclusión de que al éxito de Roma han contribuido tres factores: su proyecto político, sus caudillos y la Fortuna. Roma tuvo un designio y unos hombres capaces de llevarlos a cabo a los que favoreció la Fortuna. En el triunfo romano hubo, pues, *Fortuna* y también hubo *Virtù*, por decirlo con la terminología del secretario florentino. A esa Fortuna unos la llamaron Ares o Pallas o Zeus y otros la llamarían Providencia. Polibio, más modesto, y Díaz Tejera lo resalta, prefirió identificarla con el azar. Aun así, no puedo olvidar que en Roma tuvo un templo la Fortuna, el templo de la Fortuna Viril, entendiendo la advocación menos en la acepción de “masculina” que en la de “virtuosa”. ¡Quién sabe si no fue ése el punto de partida de las cogitaciones de Maquiavelo!

Hace unos ocho años, en el curso de un ciclo dedicado por la Academia de Buenas Letras a Antonio de Nebrija, me cupo el honor de presentar a Alberto Díaz Tejera, uno de los ponentes. Quisiera ahora reiterar algo de lo que dije sobre él, es decir, de lo que él me incitó a decir con el influjo de sus saberes. He aquí algo de lo que dije entonces:

Díaz Tejera comprendió a tiempo que a la civilización sólo se la entiende si se la observa desde la propia cuna, y a su cuna fue, a la Grecia clásica, al lugar de nacimiento de una civilización que nosotros los españoles tuvimos la gloria de llevar hasta las costas del Pacífico. La biografía espiritual de Díaz Tejera es una

peregrinación a las fuentes, y en las fuentes vio el entrelazamiento inextricable entre lenguaje y pensamiento. Nada hay que explique mejor la filiación de un concepto como la etimología del vocablo en que se expresa. El análisis del lenguaje de Platón es el análisis del pensamiento de Platón; por eso, dos maestros de nuestro tiempo, como Heidegger y Zubiri, han hecho del lenguaje instrumento y sustancia a la vez de la filosofía. Díaz Tejera se mueve, pues, entre la filología y la filosofía, y muchas veces no sabemos si es un filósofo metido a filólogo o viceversa. Un filólogo que filosofa o un filósofo que filologa nunca puede ser un virtuoso de la erudición, un prestidigitador de curiosidades. A veces basta con exhumar una palabra olvidada para abrir un tragaluz. En estas postrimerías del siglo XX algunos han dado en hablar del fin de la Historia cuando de lo que habría que hablar es del fin de la Utopía, de una Utopía que nace en la segunda mitad del siglo XVIII de la exhumación de una palabra griega: la palabra "democracia". Esa palabra se ha ido desgastando con el uso hasta convertirse en un tópico. Creo que fue Churchill el que dijo algo así como que la democracia es el peor de los sistemas políticos conocidos, incluidos, o excluidos, todos los demás. Churchill era un hombre público tan culto como ocurrente. También lo era Aristóteles, en cuyo tiempo la palabra "democracia" tampoco tenía ya demasiada buena prensa, y por eso el Estagirita la sustituyó por "isonomía", o sea, "gobierno del pueblo" por "igualdad ante la ley" o "igualdad en la ley". Y yo me pregunto: ¿Por qué no traducir "isonomía" por "Estado de Derecho"? Si queremos que el "Estado de Derecho" no sea una mera figura retórica y se haga realidad, convendría volver a Aristóteles y poner "isonomía" donde ahora ponemos "democracia".

Los temas que trata el profesor Díaz Tejera son todos seductores y yo me he dejado seducir por uno de ellos. ¿Pero qué decir del ayer y hoy de la tragedia, de la *Antígona* de Sófocles, de la *Poética* de ese Aristóteles en cuya *Política* acabamos de reparar? En todos sus trabajos, Díaz Tejera establece una relación entre el mundo clásico y la realidad contemporánea. Hoy lo hace al reclamo de otra figura no menos seductora: la de Elio Antonio de Nebrija. Nebrija era un hombre que sabía muy bien lo que se traía entre manos, que era la lengua del primer Estado moderno. En una

España que creía en sí misma y que, como la Roma de los Escipiones, sabía lo que quería, no puede extrañarnos la seguridad en su misión de hombres como Elio Antonio de Nebrija. Nebrija estaba absolutamente seguro de algo muy importante, a saber: de que la lengua castellana, más que el habla de una región o de una nación, estaba llamada a ser la lengua de un Imperio. Ese Imperio que nunca se llamó así -pues el único emperador que tuvimos los españoles de acá y de allá lo fue de Alemania- llegaría a ser algo que algunos han llamado la Hispanidad, es decir, un conjunto de regiones, de naciones, de pueblos, de razas inclusive que llevan quinientos años enriqueciendo y agrandando la lengua de Castilla. Hoy que esa lengua se pretende erradicar en algunas regiones de la Madre Patria, ante la pasividad criminal de quienes podrían impedirlo, bueno es que nos acordemos del gramático de Lebrija y que hoy lo haga en esta Academia alguien, como el profesor Díaz Tejera, que sabe muy bien de dónde viene porque conoce a sus clásicos.

En este remanso de nuestra Historia, por decirlo amablemente, en que nos hallamos desde hace un cuarto de siglo, siguen siendo válidas para hoy las palabras de ayer. La pena es que no esté ya entre nosotros para volverlas a oír don Alberto Díaz Tejera.